

LOS MONSTRUOS QUE RÍEN

Denis Johnson

Hacía once años de mi última visita y el aeropuerto de Freetown seguía siendo un desastre, uno de esos sitios donde empujan una escalera con ruedas hasta el costado del avión y sales de la climatización europea directamente a la sauna que es África Occidental. El autobús que llevaba a la terminal no estaba mal, pero no tenía aire acondicionado.

Dentro del edificio, la habitual aglomeración de idiotas. Examiné las caras negras y relucientes, pero no vi la de Michael.

Alguien dijo algo por megafonía. Solo se oyeron las vocales. Yo levanté la voz por encima de las cabezas de la gente que hacía cola ante el mostrador.

—¿He oído que llamaban al señor Nair?

—No, señor. No —me contestó el empleado.

—¿El señor Nair?

—Nada para ese nombre.

Un hombre con traje oscuro y corbata me dijo «Bienvenido a Sierra Leona, señor Naylor», me ayudó a salir de aquel jaleo y se puso a charlar conmigo hasta llegar al otro lado de la aduana, lo cual fue rápido, porque yo solo llevaba equipaje de mano. A continuación me llevó hasta un coche blanco y limpio que había aparcado fuera, un Honda Prelude.

—Y para mí —me dijo con una sonrisa de aspecto indispuerto—, doscientos dólares.

Le di un par de monedas de un euro.

—Pero, señor... Eso no bastante hoy, señor.

Le dije que se callara.

El conductor del Honda quería algo tirando a un millón de dólares. Yo le dije «¡Muchos dineroos!» y a él se le demudó la cara al ver que yo hablaba krio. Finalmente lo dejamos en unas docenas de euros. Él no podía bajar más, me contó, porque el precio criminal de la gasolina le rompía el corazón.

En el ferry hubo problemas: un grupo de policías le tiró la mercancía a la bahía a una mujer que llevaba un carro de fruta mientras ella chillaba como si estuvieran ahogando a sus hijos. Hicieron falta tres policías para sacarla de en medio a rastras y que nuestro coche pudiera subir traqueteando por la rampa. Yo salí y me acerqué a la baranda para que me diera la brisa. En la orilla los policías uniformados estaban de brazos cruzados. Uno de ellos volcó de una patada el carro ya vacío de la mujer.

Ella iba de un lado al otro, chillando. La escena se fue haciendo más y más pequeña a medida que el ferry se adentraba en la bahía; a continuación crucé la cubierta para mirar cómo se nos acercaba Freetown, una masa de edificios, muchos ruinosos, rodeada de una multitud de sombras y despojos enfangados que se alejaban cansinamente hacia Dios sabe dónde, encorvados sobre sus panzas vacías.

En los muelles de Freetown reconocí a un hombre, un europeo viejo y flaco llamado Horst, plantado junto a un coche de alquiler y usando la mano de visera para protegerse del sol vespertino y examinar a los recién llegados. Al pasar nuestro vehículo junto a él, yo me hundí un poco en mi asiento y aparté la cara. En cuanto lo dejamos atrás, me lo quedé mirando. Él se volvió a meter en su coche sin coger a ningún pasajero.

Horst... Su nombre de pila era algo parecido a Cosmo, pero no era Cosmo. Leo, Rollo. No me acordaba.

Le di a Emil, mi chófer, indicaciones para llegar al Papa Leone, que por lo que yo sabía era el único hotel donde tenían suministro eléctrico continuo y una piscina. Mientras estábamos parados bajo el toldo del hotel vi otro coche que se nos acercaba, viraba bruscamente, retomaba el rumbo y pasaba a toda velocidad a nuestro lado con un letrero en la ventanilla: AUTOESCUELA ESPLÉNDIDA. Aquello tenía visos mercantiles, pero yo todavía no sentía la Nueva África. Le aguanté la mirada a una chica que merodeaba en la acera de enfrente, vendiéndose. Pobre y sucia y muy guapa. Y muy joven. Le pregunté a Emil cuántos hijos tenía. Él me dijo que había tenido diez pero se le habían muerto seis.

Emil trató de hacerme cambiar de opinión sobre el hotel, diciéndome que el Papa Leone se había puesto «muy por los suelos». Pero las luces eléctricas del edificio estaban encendidas, y el espacioso vestíbulo olía a limpio, o bien a veneno, dependiendo de qué opinión tuvieras sobre ciertas sustancias químicas, y todo se veía bien. Yo había oído que los rebeldes se habían liado a tiros en sus pasillos con las autoridades, pero de aquello ya hacía una década, había sido justo después de que yo escapara, y ahora pude ver que lo habían arreglado todo.

Me registré en el hotel sin reserva y luego el recepcionista me sorprendió:

—Señor Nair, tiene un mensaje.

Pero no era de Michael, sino de la dirección, una nota escrita con tinta púrpura y caligrafía muy bonita, que me daba la bienvenida a «la solución a todos sus problemas». Iba dirigido «a las personas interesadas». También llevaba sujeto con un clip un papel con instrucciones para conectarse a internet. El recepcionista me dijo que ahora mismo internet no funcionaba, pero que a veces sí. Tal vez por la noche.

Yo tenía un teléfono Nokia y suponía que podía conseguir una tarjeta SIM local en alguna parte, pero no en el hotel, me dijo el recepcionista. De momento me tocaba estar desconectado.

Ningún problema. Todavía no me sentía preparado para Michael Adriko. Seguramente estaba allí mismo, en el Papa, en alguna habitación por encima de la mía, aunque de hecho no me constaba que hubiera vuelto al continente africano ni

que fuera a hacerlo; simplemente me habría hecho venir como parte de uno de sus intentos incomprensibles de ser gracioso.

La habitación era pequeña y tenía ese mismo aroma que decía: «Hemos matado todo lo que te pueda dar miedo». La cama no estaba mal. En un platillo sobre la mesilla de noche había una vela blanca junto a una caja de cerillas.

Yo había ido en avión desde Amsterdam con escala en Heathrow, Londres. No había perdido más que una hora y no sentía jet lag, únicamente la necesidad de descansar un poco. Me lavé la cara, colgué unas cuantas cosas, cogí el ordenador guardado en su funda de lona amarilla y me lo llevé abajo, a la terraza de la piscina.

Por el camino me paré para negociar con el barman que me sirviera un whisky doble. Luego, en una mesa de la terraza de la piscina, rodeado de elaboradas plantas y rocas, me pedí un bocadillo y otra copa.

Una mujer que se sentaba sola a un par de mesas de distancia juntó las manos, inclinó la cara hacia las yemas de los dedos y sonrió. La saludé:

—¿Cómo va la cosa?

—La cosa mal. La cosa quiere a ti.

Yo abrí el portátil y la pantalla se iluminó.

—Esta noche no.

No tenía pinta de puta para nada. Seguramente era una mujer normal y corriente que se había parado allí a descansar los pies y ahora aprovechaba la oportunidad para vender su cuerpo. Entretanto, al borde mismo de la piscina, un grupo de bailarines y un percusionista se habían colocado en sus puestos y ahora los clientes guardaban silencio. De pronto olí el mar. El cielo nocturno estaba negro y no se veía ni una estrella. Empezó un redoblar frenético de tambores.

Sin conexión a internet, escribí a Tina:

Estoy en el hotel Papa Leone de Freetown. No hay ni rastro de nuestro viejo amigo Michael.

Estoy en el restaurante junto a la piscina, es de noche y hay un grupo de danza africana. Creo que son de la tribu kissi (parecen gente de la calle) y están haciendo un baile que incluye caerse, pegar fuego a cosas y tocar las tumbadoras a lo loco. Ahora hay un tipo que parece estar violando un montón de palos en llamas con la ropa puesta mientras la gente de las mesas cercanas le tira dinero. Ahora está rodando sin parar por el lado de la piscina, abrazado a su haz de palos en llamas, rodando sin parar, con los palos pegados al pecho. Es un manojo de leña la mitad de grande que él, más o menos, y está ardiendo. Yo solo quería comer y beber. No tenía ni idea de que nos iba a entretener un pirómano masoquista. Dios bendito, niña mía, estoy en un hotel de África viendo a un tío arder, y estoy un poco borracho porque creo que en África Occidental siempre es mejor estarlo una pizca, y el mundo es borroso, y la noche es borrosa, y estoy viendo a un tipo

En ese momento apareció Horst en la otra punta de la enorme terraza, abriéndose paso hacia mí a través del fuego y el humo. Era un hombre blanco atildado, bronceado y canoso, que llevaba uno de esos chalecos de pescador que tienen mil

bolsillos y, recordé en ese momento, deportivas de paseo marrones con cordones blancos, aunque desde mi mesa no pude verlas.

—¡Roland, eres tú! Me gusta tu barba.

—C'est moi —admití.

—¿Me has visto en el muelle? ¡Yo sí te he visto! —Se sentó—. La barba te da dignidad.

Cada uno invitó al otro a una ronda. Yo le dije al barman:

—Eres rápido. —Y le di un par de euros de propina—. El personal es bastante eficiente. ¿Quién dice que este sitio está de capa caída?

—Ya no es un Sofitel.

—¿De quién es?

—Del presidente, o de uno de sus íntimos.

—¿Y qué tiene de malo?

Él señaló mi ordenador.

—Que no te puedes conectar a internet.

Levanté mi copa hacia él.

—O sea que Horst sigue viniendo por aquí.

—Sigo siendo un habitual. Unos seis meses al año. Aunque esta vez me han tenido en casa casi un año entero, desde noviembre del año pasado. Once meses.

El espectáculo se había vuelto demasiado ruidoso. Ajusté la pantalla y posé los dedos sobre el teclado. Bastante maleducado. Pero no le había invitado a sentarse.

—Mi mujer está enferma —dijo. Hizo una pausa de un segundo y añadió con una especie de orgullo—: Terminal.

Entretanto, a dos metros de nosotros, junto a la piscina, al bailarín se le habían incendiado la camisa y los pantalones.

A Tina:

Cuando estaba registrándome en recepción, he visto a un par de soldados estadounidenses con uniformes raros. Este hotel es el único de la ciudad que tiene electricidad por las noches. Cuesta 145 dólares al día alojarse aquí.

Ah, y me voy a quitar la barba. Como camuflaje no funciona para nada. Ya me han reconocido.

Entre los tambores y los gritos, ¿quién podía hablar? Y aun así, Horst no me dejaba en paz. Ya había pagado un par de rondas y había hablado de la enfermedad de su mujer... Era hora de hacer preguntas. Empezando por Michael.

—¿Cómo? Perdón, ¿qué?

—Te acabo de decir que Michael está aquí.

—¿Qué Michael?

—¡Venga ya!

—¿Michael Adriko?

—¡Venga ya!

—¿Lo has visto? ¿Dónde?

—Anda por aquí.

—¿Por dónde? Mierda, mira, Horst. En una tierra de rumores, ¿cuántos más nos hacen falta?

—Yo no lo he visto en persona.

—¿Y por qué estaría aquí Michael?

—Por los diamantes. Así de simple.

—Los diamantes ya no son tan simples.

—Vale, pero no es simplicidad lo que buscamos, Roland. Buscamos aventura. Es buena para el alma y para la mente, y también para el saldo del banco.

—Los diamantes se han vuelto un riesgo demasiado grande.

—¿Quieres hacer contrabando de heroína? El negocio de la droga es terrible. Destruye a la juventud del país. Y es demasiado barata. Con un kilo de heroína ganas seis mil dólares americanos netos. Un kilo de diamantes te convierte en rey.

Escribí a Tina:

Se ha acabado el espectáculo. Nadie parece herido. Toda la terraza huele a gasolina.

—¿Qué te parece? —dijo Horst.

—Pues me parece, Horst, que es la forma más fácil de que te delaten. De que vendan tus diamantes y luego te delaten, ya sabes, porque por aquí no hay más que soplones.

Tal vez él captó mi mensaje, porque dejó el tema mientras yo le escribía a Tina:

Me estoy emborrachando con un gilipollas que antes era el infiltrado de la Interpol. Ahora parece demasiado viejo para cobrar por ningún trabajo, pero sigue hablando como si fuera poli. Me llama Roland igual que un poli.

Puede que en algún momento yo le preguntara su nombre de pila. ¿Elmo?

Horst se rindió y nos limitamos a seguir bebiendo.

—Israel tiene seis misiles con cabezas nucleares que ya han salido de sus silos y están apuntando a Irán —me dijo—. En algún momento de la próxima campaña electoral americana: bum-bum Teherán. Y a partir de entonces, la cosa será ojo por ojo, así son los musulmanes, amigo mío. Radiación por todas partes.

—Eso ya lo decían hace años.

—No conviene volver a América. Dentro de diez años será igual que esto, un montón de escombros. La diferencia es que los escombros que tenemos aquí no son radiactivos. Aunque no me vas a creer hasta que lo mires con un contador Geiger.

El whisky había anulado sus modales europeos. Ahora era un risueño duendecillo caníbal de cara roja y pelo canoso.

En el vestíbulo nos estrechamos la mano y nos dimos las buenas noches.

—Claro que siempre quieren delatarte —dijo. Se puso de puntillas para hablarme más cerca del oído izquierdo y me susurró—: Por eso no hay que volver por el mismo camino por el que uno ha venido.

Más tarde estaba acostado a oscuras con la radio de bolsillo pegada a un oído y aguzando el otro por si oía arrancar el generador del hotel. Me entró dolor de cabeza. Encendí una cerilla maloliente, luego una vela y abrí la ventana. El repiqueteo de los insectos contra la tela mosquitera se volvió tan insistente que tuve que apagar la llama de un soplo. La BBC informó de que una tormenta enorme con vientos de ciento veinte kilómetros por hora había arrasado los estados norteamericanos de Virginia, Virginia Occidental y Ohio, y de que tres millones de hogares habían sufrido cortes en el suministro eléctrico.

La electricidad volvió al Papa Leone. La televisión funcionaba. Imágenes de circuito cerrado, tele por cable china y emisiones en inglés. Volví a la radio.

Los teléfonos de Freetown emiten ese iring-ring!, iring-ring! inglés. El que llama siempre habla desde el fondo de un pozo:

—¡Internet funciona!

¡Funciona! Siempre te hablan un poco emocionados. Tenía el ordenador abierto a mi lado en la cama. Toqueteé las teclas y le añadí una posdata a Tina:

He sacado dinero de la cuenta de los viajes: cinco mil dólares americanos. Las tarjetas de crédito todavía no son de fiar. La tasa de cambio en 2002 era de 250 leones por euro, y el billete más grande es de 100 leones. Hay que llevar el dinero en metálico en una bolsa de la compra, y hasta hay quien usa cajas de zapatos. Ahora quieren dólares. Se conforman con euros. Odian su propio dinero.

Envié los correos electrónicos, me quedé esperando y por fin perdí la conexión a internet.

En la BBC estaban dando World Have Your Say, pero el tema del día era aburrido.

Poco después se apagó el generador del edificio, las paredes dejaron de ronronear y todo se quedó a oscuras, pero no antes de que Tina me mandara una breve respuesta:

No vuelvas por el mismo camino por el que has venido.

Y de pronto me acordé. Bruno. Bruno Horst.

Sobre las tres de la madrugada me desperté, me puse unos pantalones de sport, una camisa y unas alpargatas y bajé los ocho pisos de escaleras siguiendo la luz de la linterna de mi Nokia hasta el vestíbulo parpadeante. No había nadie. Mientras estaba allí plantado a la luz de las velas, entre las sombras enormes, llegó la luz y las

puertas de ambos ascensores se abrieron y se cerraron y luego volvieron a abrirse y a cerrarse.

Encontré al recepcionista de noche dormido detrás del mostrador y lo mandé a buscar a la chica que había visto horas antes. Me quedé mirando cómo cruzaba la calle hasta el sitio donde ella dormía sobre el cálido asfalto. El recepcionista miró a un lado y al otro, esperó y por fin le dio un golpecito con la puntera del zapato.

Cogí el ascensor para subir y al cabo de unos minutos el hombre me la trajo a la habitación y la dejó allí.

—Puedes usar la ducha si quieres —le dije, y ella puso cara de no entender.

Quince años de edad, marfileña, no hablaba ni una palabra de inglés, solo francés. Nacida en el monte, con un ombligo del tamaño de una nuez, atado por alguna tía o hermana mayor dentro de una choza de ramas y barro.

Se dio una ducha y vino a mí desnuda y mojada.

Me alegré de que no supiera inglés. Así podía decirle lo que quisiera, y lo hice. Cosas terribles. Todas las cosas que no se pueden decir. Después la llevé abajo y le pedí un taxi, como si ella tuviera algún sitio adonde ir. Le cerré la portezuela del coche y oí que el viejo taxista le decía, antes incluso de poner el vehículo en marcha:

—Eres una mala mujer, eres una puta y una desgraciada...

Pero ella no entendía nada.

Me despertó el ruido que hacía un encargado de mantenimiento al limpiar las cachipollas muertas del paseo de debajo de mi balcón con un escobín. Sobre las seis de la mañana había caído durante quince minutos una tromba de agua que había arrojado los insectos desde el cielo; las llamo cachipollas por comodidad, pero también parecían medio cucarachas. Más tarde, en el vestíbulo, cuando le pregunté al conserje qué clase de criaturas eran, me contestó:

—Insestos.

Michael había llamado y me había dejado un mensaje en recepción. Le pregunté al recepcionista:

—¿Por qué no me han pasado la llamada a mi habitación?

El joven rascó el mostrador con la uña, examinó la marca que había dejado y pareció olvidarse de la pregunta hasta que por fin dijo:

—No lo sé.

Michael quería verme a las 16.00. En el Scanlon. El lugar decía mucho de su posición.

Entré tranquilamente al restaurante del Papa diez minutos antes de las diez, que era la hora a la que terminaba el bufet libre, el último cliente del desayuno, y me encontré a los empleados apelotonados en torno a las cazuelas de metal que mantenían caliente la comida, llenándose platos de comida para ellos. O sea que esto es lo que comen, pensé, y al presentarme allí con mi plato yo le estaba quitando de la boca a alguien esta enorme salchicha. Cerdo medio estadounidense. Cogí también

unas patatas fritas —que allí se llaman «irlandesas»— y luego me sentí incapaz de comer, pero aun así me lo comí todo, porque ellos me estaban observando. Bajo sus miradas compasivas me comí hasta la última migaja.

Era octubre, con una temperatura que rondaba los treinta grados centígrados, la mayor parte del día bastante soportable a la sombra, y como siempre con mucha humedad. Ahora mismo soplaba una brisa fresca del mar, con un puñado de nubes luminosas en el cielo azul, y el sol emitía una luz blanca que a mediodía nos aplastaría como si fuera un yunque caliente. El único cliente aparte de mí era un joven con pinta de estadounidense, ropa de civil y una cabeza de vikingo tatuada en el antebrazo.

Había electricidad. De los altavoces salía música country americana. Me llevé la taza de café mediada a una mesa situada cerca del televisor para ver las noticias de la tele china por cable, pero estaba puesta la cadena local y lo único que pude ver fue un mensaje publicitario de Guinness. En dicho anuncio, un hermano mayor vuelve a la sabana africana después de una vida de éxitos en la ciudad. A continuación aparece bebiéndose una Guinness de barril con su hermano pequeño bajo el resplandor sentimental de unas lámparas que en realidad no tienen en la sabana. El hermano de la gran ciudad le da al hermano menor de la sabana un billete de autobús: «¿Estás listo para beber en la mesa de los hombres?», le dice. El hermano menor lo acepta con gratitud y determinación y dice: «¡Sí!». El anunciante habla entonces como si fuera Dios: «Guinness. Persigue la grandeza».

Después del desayuno salí a la acera de enfrente con el ordenador amarrado al pecho como si fuera un portabebés. El sudor me traspasaba la camisa, pero la funda del aparato era impermeable.

El único coche aparcado delante del hotel tenía la capota levantada. Varios jóvenes esperaban montados en sus okadas, es decir, motocicletas del tipo más pequeño, de noventa centímetros cúbicos en su mayoría. Yo elegí una Boxer, una marca china.

—Eh, señor Boxer. ¿Conoces el mercado indio? ¿El mercado del elefante?

—¡Al elefante! —me gritó—. ¡Vamos!

Dio una palmada en el asiento trasero, yo me subí y salimos disparados en dirección al mercado indio por unas calles todavía fangosas y resbaladizas por culpa del chaparrón de la noche anterior, dando sacudidas y bandazos, esquivando roderas y socavones, esquivando a peatones, ciclistas y también los morros enormes y voraces de los camiones que venían en sentido contrario; esquivando todo al mismo tiempo y muchas veces seguidas. Cuando llegamos al mercado, con su mural que representaba a Ganesha, dios hindú del conocimiento y del fuego, me sentí más vivo pero también asesinado.

El dios con cara de elefante seguía allí, pero el mercado de Ganesha había cambiado de nombre: Supermercado 2000.

—Yo espero tú —me dijo mi piloto.

—No. Final aquí —repliqué, pero sabía que me iba a esperar.

Dejé la Boxer en la entrada principal y salí por otra lateral. Creo que en el mundo del hampa a esta maniobra la llaman la puerta doble.

Una vez fuera, me encontré en un callejón lleno de tiendas, pero no sabía dónde estaba. Caminé hacia la calle más grande que encontré a la izquierda, me metí por ella y, zarandeado por una okada por un lado y una bicicleta por otro, faltó poco para que me cayera al suelo. Le había perdido el tranquillo a aquel entorno, y ahora estaba agobiado por el tráfico, acalorado de tanto caminar y también perdido. Me pasé cuarenta y cinco minutos dando tumbos por avenidas anónimas y salpicadas de barro antes de encontrar la que buscaba y el pequeño establecimiento con su cartel: DOCUMENTOS ELVIS.

En la acera sin asfaltar había tres paneles solares tirados sobre esterillas de paja, que obligaban a la gente a esquivarlos. El letrero decía: OFERTAS: FOTOCOPIAS, ENCUADERNACIONES, MECANOGRAFIADO, SELLOS, TALONARIOS DE RECIBOS/FACTURAS, CLASES DE INFORMÁTICA.

Dentro había un hombre sentado entre las herramientas de su oficio: una cámara con trípode, una voluminosa fotocopiadora y un par de ordenadores, todo en medio de un embrollo de cables eléctricos.

El hombre se levantó de su silla de oficina, una silla giratoria de cuero a la que le faltaban las ruedecitas.

—Bienvenido. ¿En qué puedo ayudarle? —Y de pronto dijo—: ¡Aj! —Como si se hubiera tragado una semilla—. Pero si es Roland Nair.

Y él era Mohamed Kallon. No parecía posible. Tuve que mirarlo dos veces.

—¿Dónde está Elvis?

—¿Elvis? No me acuerdo.

—Pero de mí sí te acuerdas. Y yo de ti.

Se le veía triste y muy asustado, pero se obligó a sonreír. Dientes blancos, piel negra, globos oculares amarillos indicativos de mala salud. Llevaba camisa blanca, pantalones de sport marrones sujetos con un cinturón de plástico negro reluciente, y alpargatas de plástico de estar por casa en vez de zapatos.

—¿Qué problema tenéis aquí, Mohamed? Tu tienda huele a retrete.

—¿Nos vamos a pelear?

No contesté.

En la cara se le veía todo: en la sonrisa y en los ojos llorosos.

—Ahora estamos en el mismo bando, Roland, porque en época de paz, ya lo sabes, solo puede haber un bando. —Abrió una silla plegable que tenía detrás del mostrador para mí y volvió a sentarse en su silla giratoria—. Tendría que haberme imaginado que estabas en Freetown.

Yo no me senté.

—¿Por qué?

—Porque Michael Adriko está aquí. Lo he visto. El desertor.

—¿Llamas desertor a Michael?

—¡Ja!

—Si él es desertor, entonces puedes llamarme desertor también a mí.

—¡Ja!

Yo me sentía irritado y con ganas de discutir. Mohamed seguía siendo un buen interrogador.

—Escucha —le dije—. Michael no es de ninguno de esos clanes sierraleoneses, de ninguna de las tribus. Creo que es originario de Uganda. Así pues, si se volvió para allá a toda prisa, no es que desertara.

—¿No te puedes sentar para hablar?

—Bruno Horst está por aquí.

—Me lo creo. También estás tú.

—¿Está trabajando para alguna de las organizaciones?

—¿Cómo lo voy a saber?

—No sé cómo, pero tú lo sabrías.

—¿Y para quién trabaja Roland Nair?

—Llámame Nair a secas. Nair está en Freetown por asuntos estrictamente personales. Y en serio que aquí dentro apesta.

—¿Para quién trabajas?

Me encogí de hombros.